

UN PIANISTA

con una causa

Tenía seis años cuando empezó a aprender piano y a los 16 fue seleccionado para tocar frente a Claudio Arrau en el Teatro Municipal. Felipe Browne (52) tiene talento de sobra para brillar dando conciertos en Europa, pero hoy dedica la mayor parte de su tiempo a "Piano Educa", un proyecto que creó hace una década para llevar la música docta a niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad. "Ellos son el mejor público", dice el pianista.

TANIA OPAZO

Ya casi es la hora de almuerzo, pero en el casino del Colegio Chiloé, en Puente Alto, todo el mobiliario está dispuesto como un pequeño anfiteatro: las mesas pegadas a las paredes y todas las sillas acomodadas mirando hacia un escenario improvisado. Impecablemente vestido, de traje gris y humita roja, Felipe Browne está de pie al lado de un piano, acompañado del barítono Jorge Braithwaite.

De fondo, se escucha el ruido de la cocina. Por las ventanas se escuchan las voces y sonidos del patio. A nadie parece molestarle. Hay un micrófono y en la pared se proyecta un Power Point con el nombre de una canción y una imagen. El pianista responde a las preguntas de los estudiantes con paciencia, cierta inocencia, y sin duda con humor.

-¿Cuántos años lleva estudiando piano? -pregunta uno.

-Mire, cuando yo chupaba el tete, en vez de pedir leche pedía piano - responde Felipe Browne.

Aunque les habla a los niños con un tono suave, didáctico, casi infantil, la mayoría de las veces no hay nada de infantil en lo que dice. Ya sea la biografía de Chopin, Beethoven o Arrau; la historia de una ópera o la explicación sobre por qué una canción se llama "preludio" o "nocturno", sus palabras resumen no sólo conocimientos, sino un recorrido intenso que lo llevó desde el fanatismo al hastío por el piano, y que alguna vez casi lo hizo renunciar.

La historia de cómo Browne volvió a atacar las teclas con pasión tiene mucho que ver con lo que está sucediendo en este casino, en este colegio, hoy.

El elegido

A pesar de haber empezado a tocar el

piano cuando recién iba a entrar al colegio, Felipe Browne reconoce que todavía hay canciones que le cuestan. Un año antes había ido con su familia al Teatro Municipal a ver el ballet Coppélia. "Escuchar la orquesta, ver las bailarinas saltando... he visto 500 conciertos después y no me acuerdo de ninguno, pero de ese sí", recuerda.

Tenían un piano en su casa, en avenida Colón, casi llegando a Tobalaba. Cuando su papá, ingeniero, llegaba del trabajo, tocaba algunas canciones "así simpáticas", dice. Tangos, "La puerta se cerró detrás de ti", "Ansiedad". Escuchando

esas melodías, Felipe, el quinto de siete hermanos, decidió pedirle a su mamá clases de piano.

Rápidamente quiso desertar. Mejor hacer algo más fácil, como un deporte, pensó. Pero sus padres lo llamaron al orden: tenía que terminar lo que empezó. Su profesora le propuso aprender el Preludio N° 4 de Frederic Chopin. Fue un desafío que lo tuvo de cabeza varios días y, cuando finalmente logró tocar la pieza completa, se puso a llorar.

"Fue un momento fuerte, me emocionó hasta las lágrimas y es una emoción que hasta hoy me da fuerzas para tocar. Ese día decidí que quería ser pianista", relata Felipe. Tenía 10 años. Iba al colegio Verbo Divino en la mañana, y en las tardes iba a clases y practicaba. Dos años después una de sus hermanas lo llevó al Instituto de Música de la UC y empezó la carrera de interpretación musical.

A los 16 años lo seleccionaron para tocarle a Claudio Arrau en el Teatro

Municipal, en su visita de 1984. "Tenía un talento natural. Sentí que era el más indicado para tocar con Claudio. Estaba preparado para ello", dice Frida Conn, su profesora en el Instituto de Música.

Arrau, "el maestro", como le dice Browne, lo aplaudió, le dio consejos y después, en una reunión privada, le propuso irse a Estados Unidos, donde el famoso pianista vivía, para que tomara clases con una renombrada profesora. Felipe no se atrevió. Al año siguiente, participando del Concurso Internacional de Ejecución Musical Dr. Luis Sigall, otro famoso pianista, Arie

Vardi, lo invitó a continuar sus estudios de piano con él en Israel. Esta vez sí se fue. Tras terminar el colegio y la carrera en el Instituto de Música (egresó con Distinción Máxima a los 20 años), partió a la Universidad de Tel Aviv.

Teclas de fuego

Felipe Browne se sienta en el piano y algo en su cuerpo se transforma. Parece invadido por una fuerza poderosa. La sonrisa desaparece. A ratos frunce el ceño. A veces abre la boca y pareciera que su lengua se va a asomar. Serio, toca las teclas rápidamente. Con intensidad, con pasión. Suena el Estudio Opus 10, Número 5, de Frederic Chopin.

Algunos niños hablan, pero la gran mayoría de ellos se concentran y escuchan asombrados. "Mis compañeros estaban fascinados. Decían 'oye, cómo mueve los dedos ese caballero', porque se ve que los mueve tan rápido, tan ligero y tan firme a la vez", dice Yaresla Valenzuela, estu-

diente de cuarto medio en el Complejo Educacional Consolidada de Puente Alto.

En este espacio más íntimo, lejano a la solemnidad de los grandes teatros, Felipe dice que ha descubierto al mejor público del mundo. Es cierto, los niños conversan y se ríen, pero buena parte del tiempo miran en silencio. Ensimismados, comprometidos, emocionados. El pianista está convencido de que la música que toca para ellos llega a su corazón y los hace renacer, como ellos lo hicieron renacer a él.

Felipe tuvo que odiar un poco el piano para volver a amarlo.

En Israel, con Arie Vardi, aprendió de interpretación, pero al poco tiempo terminó en Londres con Peter Feuchtwanger, profesor famoso por enseñar la técnica de Chopin.

Un quiste sinovial en la mano derecha estaba obligando a Felipe a reformular su forma de tocar el piano, y Feuchtwanger parecía el maestro indicado. Para convertirse en uno de sus siete alumnos, el chileno tuvo que tocar las "Variaciones" de Paganini, de Johannes Brahms (de las piezas más difíciles que existen). Cambió todo, empezó de cero. "Partimos tocando el Mikrokosmos N°1, que es como el libro de piano para las guáguilas, con un dedo. Fue espantoso", recuerda.

Dice que "se rayó". Tenía clases todos los días, ensayaba en las tardes y con sus amigos, que eran sus compañeros de piano, iban a conciertos en las noches. Todo el día tocando, escuchando y hablando de piano. Hasta que se traumó. Se deprimió, explica. "Mis colegas y yo éramos bastante tristes", reflexiona.

Es que la música es lo más difícil, explica. "Hay que integrar muchas cosas, una mano haciendo



Ingresa a nuestro sitio interactivo del pianista Felipe Browne escaneando este código QR.

Fecha: 15-02-2020
 Medio: La Tercera
 Supl.: La Tercera - Tendencias
 Tipo: Actualidad
 Título: **UN PIANISTA con una Causa**

Pág.: 11
 Cm2: 828,9
 VPE: \$ 8.247.223

Tiraje: 78.224
 Lectoría: 253.149
 Favorabilidad:  Positiva

Alumnos del colegio Padre Damián, de La Unión, Región de Los Ríos.

Browne, con los estudiantes del colegio Chiloé, de Puente Alto.



FOTO: ARCHIVO DE FELIPE BROWNE

una cosa, la otra algo distinto, los dedos, los pies también, hay toda una serie de movimientos, de coordinaciones, que requieren mucho trabajo". Por cierto, los profes no siempre son amables. "A veces es como en esos programas de comida donde tiran los platos al suelo".

Volvió a Chile y trató de rearmarse. Entró a estudiar química, pero nunca dejó de tocar. Sólo un poco al inicio, después mucho. Dejó esa carrera y empezó a hacer clases. Luego comenzó una gira por Europa con el apoyo de la Dirección de asuntos culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores) y volvió a instalarse en Londres varios años. Entremedio venía a Chile. En uno de esos viajes se enamoró y se casó (tiene seis hijos). Finalmente terminó por instalarse, de nuevo, en el país.

Fueron tiempos intensos, entretenidos, felices. Tocar el piano tuvo nuevamente sentido, pero algo faltaba. Con una llamada telefónica llegó la respuesta que buscaba. Juan de Dios Oyarzún (casado con una de sus sobrinas) lo invitó a tocar en la población La Legua, específicamente en la escuela Obispo Vicuña de la Fundación Belén Educa, donde el joven trabajaba.

Conseguirse un piano y llevarlo para allá no era tarea sencilla. Felipe tuvo que buscar un financista, lo que tomó un tiempo. Cuando logró dar ese concierto, su visión de lo que hacía cambió para siempre. Papás y niños vestidos impecables, elegantes, "como se va al Teatro Municipal", dice Felipe. Todos serios y emocionados. Hubo silencio absoluto. "Parecería chiste, pero es la verdad, se armó un precedente muy bonito".

Esa tarde de 2009, cuando llegó agotado a su casa, tomó una determinación radical: "Decidí trabajar para que las nuevas generaciones integren el concepto del arte en sus vidas y que los colegios le den el espacio que

merece. Necesitamos el arte para expresar nuestros sentimientos, para indagar en nuestros intereses más profundos, que son finalmente el motor de nuestras vidas", explica. "Sin arte, no hay nada".

Browne llamó a su proyecto "Piano Educa". Durante estos años ha recibido el apoyo de distintas fundaciones, instituciones educativas y personas para realizar sus conciertos. Pero en la práctica ha estado bastante solo. "Hay que buscar los auspicios y tengo que hablar con medio mundo para lograrlo", dice. A veces él mismo sale a buscar colegios interesados.

"Me pareció genial la idea porque, para mí, la mejor manera de educar es a través del arte, especialmente en estos espacios más vulnerables", dice Alejandra Valdés, quien trabajaba en la Fundación Mustakis cuando ésta apoyó el proyecto de Piano Educa. "Más que una vocación artística, Felipe tiene una vocación humana notable", agrega.

Finalmente, en 2019 la Fundación ProCultura le ofreció su apoyo a Felipe, y el proyecto Piano Educa comenzó a financiarse a través de la Ley de donaciones culturales. "Cuando llevas la música a comunidades escolares vulnerables, entregas un mensaje de esperanza: que a pesar de las desigualdades y dificultades, en la vida hay espacio para la belleza, para el disfrute y para vivir un momento especial junto a los otros", comenta Alberto Larraín, director ejecutivo de la Fundación ProCultura.

Música de la esperanza. Ese es el trasfondo de su proyecto, explica Felipe. ¿Qué espera? Que nunca olviden esa experiencia. Que les ayude a conocer y "no tomar a mal" la música docta, "que es como cualquier música no más, no tienen ningún asunto social distinto". Que despierte algo dentro de los niños.

Agrega que no le interesa que en-



FOTO: JUAN FARIAS

tiendan en profundidad la música que está tocando, sino, más bien, plantar una semilla. "No tengo duda que esto llega a sus sentimientos, que les remueve cosas adentro y los despierta. Y cuando tú despiertas, empiezas a buscar; y el que busca siempre va a encontrar algo".

Por lo mismo, se lo toma muy en serio, como sería cualquier concierto en el Teatro Municipal. Con el tiempo ha ido puliendo sus presentaciones. Antes tocaba para colegios completos, ahora intenta que no sean más de 250 niños. "Creo que así les llega más al alma", dice.

También trata de coordinar con los profesores actividades en clases que se relacionen con el concierto y la música que van a tocar. Incluso se da el tiempo para, entremedio de las clases particulares que hace cada semana, enseñarles de forma gratuita a algunos de los niños de esos colegios vulnerables.

Cuando se presenta con la ilustradora Sol Díaz, hay un pie fuerza-

do: ya sea contar la historia de Arrau, Chopin u otro pianista, a través de la música, el relato y por supuesto los dibujos que ella va haciendo en vivo para el público. Su último concierto juntos fue "Claudio Arrau Ilustrado" en la Casa Nacional del Niño, del Sename.

Si lo acompaña Jorge Braithwaite, revisan también óperas y el barítono les cuenta las historias detrás de cada canción. Ya hace cinco años que trabajan juntos y en opinión de Jorge, lo que hace Felipe es "un acto de patriotismo". No le cabe duda que, si quisiera, sería un gran pianista en Europa. "Pero su vocación social ha puesto como prioridad a los niños".

Felipe calcula que, desde 2009, ha realizado unos 360 conciertos en más de cien colegios. La mayoría con una alta tasa de vulnerabilidad, en Santiago y en regiones. En promedio, son más de 50 conciertos cada año. Muchas veces los colegios se repiten. "No me gusta ir y olvidarme de ellos, entonces todos los años hablo con los

directores y les ofrezco un concierto 'de seguimiento'. Si no, se les olvida y es muy difícil causar un impacto en la comunidad escolar".

La relevancia de su labor está a la vista. Varios colegios donde Felipe ha tocado adquirieron sus propios pianos, han formado pequeñas bandas, coros y orquestas. Pero lo más importante, dice Felipe, es que al terminar, los ve felices. Él también se ve así.

Sentado en el piano que tiene en su casa, donde se acumulan partituras, libros y papeles sueltos, él mismo lo confirma: tocar para esos niños lo hace profundamente feliz. "No dejan de sorprenderme, muchas veces tienen preguntas super profundas". Al final de su concierto en el Colegio Chiloé, un niño de 10 años le pregunta: "¿tienen música más movida, más entretenida?"

Y bueno, agrega, "otras veces no son tan profundas, pero lo importante es que se interesan, que reflexionan", dice Felipe, riendo. 